

Año cero

A. M. Osorio

Image not found.

Capítulo 1

PRÓLOGO

Mascaba un mechón de mi cabello mientras observaba mi vieja camioneta celeste ser bañada por diminutos copos de nieve. Mi transporte parecía más de los años sesenta que del 2017; sin embargo, la gasolina es barata y nunca me ha dado tanta lata.

Mis cosas están dentro del baúl. Unas cuantas mudadas de ropa, unos libros, mi móvil con poca carga y otras cosas que creí conveniente tener conmigo. Quizá debería llevar más cosas al ser este un viaje sin retorno, pero, al mismo tiempo, no tenía razón para hacerlo. El tanque estaba lleno y todo parecía ir en completo orden para iniciar mi viaje. Tobías era lo único que me estaba retrasando en esos momentos. Estaba buscando algo que quería darme y yo decidí esperarlo, quizá por el cariño que sentía por él o tal vez por la incertidumbre que me esperaba en mi futuro cercano.

Había frío, pero no de ese frío normal en un país cercano al trópico. No. Estaba nevando y eso no era parte de nuestra cotidianidad. Quizá se podría decir que es la nueva normalidad de la época. Mi cabello rosa, ya despintado por el paso del tiempo, se manchaba de blanco y las raíces cafés estaban ocultas bajo un grueso gorro azul. Estaba temblando, pero poco parecía importarme mientras contemplaba el horizonte sentada en la entrada.

La calle, que en algún momento burbujeaba vida, se encontraba vacía. No había sonido ni imágenes en movimiento. Era una escena muerta. La mayoría de las personas habían huido de las ciudades, incluidas las pequeñas como esta, para intentar salvar sus vidas. Sin embargo, unos cuantos, como Tobías y yo, nos decidimos por mantenernos cerca de lo que para nosotros representaba la rutina. Es que, cuando te enfrentas al fin del mundo, extrañas esa rutina. Despertar, ejercitarse, comer, ir a la universidad, comer, Tobías, tareas, dormir...

- *"It's the end of the world and we know it"* -canté en un susurro pausado.

- Parece una canción adecuada para esta época -dijo una voz detrás de mí.

- R.E.M. es adecuado para cualquier época -respondí burlonamente.

Él soltó una especie de risa y se sentó a mi lado. Tobías estaba tibio, quizá por haber estado dentro o porque su barba lo ayudaba a retener más ese calor interno que todos poseen. Recosté mi cabeza en su hombro y él

colocó su brazo a mi alrededor.

- ¿Debes irte?

- Sí. Tengo que ir por mi madre... No sé si está viva, pero debo ir a casa.

- Tardarás alrededor de doce horas en llegar a la ciudad más cercana, luego...

- Tomo la carreta. Conozco el camino, Tobías. No debes preocuparte. Hay suficiente gasolina en la camioneta para la mitad del viaje. Luego intentaré conseguir más. Estaré con ella antes de año nuevo...

Tobías sonrió a medias. Seguramente se sentía culpable de dejarme ir sola. Sin embargo, yo se lo había pedido. Su lugar era aquí... con su familia. Él era el único capaz de protegerlos en sus días finales. Él se movió un poco y me entregó una Glock 19 y un paquete de cartuchos de 9mm.

- Está cargada. Cuenta bien tus disparos, recuerda que tienes 15 y no olvides ponerle el seguro cuando no la uses.

- Tobías... No puedo. ¿Qué pasaría con tu familia?

- Tengo una escopeta, una Glock 17 y suficientes municiones. Estarán seguros, pero necesito que tú también lo estés. ¿Recuerdas cuando jugábamos *paintball*? Misma teoría: apuntas y disparas.

Solo asentí con la cabeza. Incapaz de decir otra cosa. Me puse de pie sosteniendo la pistola entre mis manos, él también lo hizo. Era momento de irme. Tobías me miraba con una máscara de tranquilidad. Había recibido un puñetazo en el ojo izquierdo y todavía lograba verse atractivo. Al verlo recordé todos esos momentos que vivimos y que se quedaron en mi mente para siempre. Somos las personas correctas en el momento incorrecto. Quizá en otra vida, quizá en otra muerte.

Como si hubiera leído mi mente, él me besó. Sus labios estaban quebrados por el frío, pero se sentía tibio. Y a ese calor me aferré con cada parte de mi cuerpo.

-Feliz navidad -susurré.

Después de eso corrí hasta la camioneta. Abrí la puerta, coloqué la Glock en el asiento a mi derecha y encendí el motor. Este tardó un poco en calentarse, puse el retroceso y me lancé a las calles. Atrás se quedaba Tobías y su familia que me había acogido durante estas semanas. Delante

de mí solo había muerte, de eso estaba segura.

Los ejércitos de las grandes potencias del mundo habían perdido, millones habían muerto de las peores formas que alguien podría imaginar y nuestra especie tenía sus días contados. Año nuevo. Adiós a lo viejo, hola a lo nuevo. Y eso significaba que los sobrevivientes moriríamos.

“Los humanos deben morir” o eso fue lo que dijeron los “hermanos mayores”. Ellos harían de nuestro mundo esa bóveda de seguridad para la vida y para ello debían eliminar la mayor amenaza de la naturaleza: nosotros.

Solo quedan unos cuantos días para el año nuevo. Debo encontrar a mamá.

- *“It’s the end of the world and we know it... And I feel fine”* -canté.

Capítulo 2

CAPÍTULO I: MAMÁ

Dejé la última caja llena de mis pertenencias dentro de mi vieja camioneta y cerré la puerta. Me recosté sobre el metal y fijé la mirada en la entrada de mi casa. Ahí estaba mamá intentando tomar una fotografía con el nuevo móvil que le había regalado para su cumpleaños. Sonreí y ella también lo hizo cuando logró tomar una foto perfecta.

- Mamá, ya tengo que irme.

- ¿Estás segura de que llevas todo? Es un viaje bastante largo hasta la universidad. Podría decirle a tu primo que...

- Tranquila. Chequeé las cajas al menos dos veces cada una. Tengo todas las cosas.

No seguí hablando al ver que sus ojos comenzaban a llenarse de lágrimas. Verla llorar oprimió mi estómago. No era la primera vez que nos separábamos, pero había algo diferente en el ambiente.

-Mi universidad no está tan lejos, mamá. No te preocupes. Te llamaré al llegar y todos los días antes de dormir. Lo prometo -agregué levantando mi mano derecha a la altura del hombro.

Ella sonrió.

- Lo sé. Es que simplemente no puedo creer que mi bebé ya creció.

- Dijiste eso cuando me fui por un mes a Perú y también cuando viajé a Chiapas -dije intentando aligerar el ambiente-. Mi universidad está en el mismo país que nuestro hogar. No te preocupes. Además, sé cómo regresar a casa.

Esto último lo dije mientras señalaba mi antebrazo izquierdo. Allí, a lo largo, estaban tatuadas las coordenadas de mi hogar. Esto causó que el rostro de mi madre se iluminara y me enseñara un tatuaje completamente idéntico en su muñeca derecha. Antes de mi primer viaje al extranjero nos habíamos tatuado. Era algo único, algo especial, algo de nosotras.

- "No importa dónde estés, siempre sabrás cómo llegar a casa" -me dijo en aquella ocasión.

Corrí hacia mamá y la abracé. Olía a manzana y canela, el aroma de mi hogar. La vería en unas semanas, pero era la primera vez que viviría por mucho tiempo alejada de ella. Desde la muerte de mi padre siempre

habíamos sido ella y yo.

- Te amo, mamá.

- Y yo a ti, mi niña.

Después de eso subí a mi camioneta, aún con el aroma a manzana y canela conmigo. Encendí el motor y conduje. Manejé de la misma manera en aquella ocasión como lo hago en estos momentos: despacio y sin saber qué encontraré delante de mí.

Las calles estaban desiertas y no había mucho para observar a mi alrededor. Estaba casi a las afueras de la pequeña ciudad contigua al campus universitario. No tardaría mucho en tomar el camino hacia una de las metrópolis de mi país, luego solo quedaría la carretera. A estas alturas no sé qué es más peligroso, la ciudad o la carretera. En la primera estaría más oculta, pero seguramente habría patrullas constantes. En cambio, en la segunda, no tendría lugar para esconderme, pero la soledad podría ser mi protección.

Un viejo panfleto de una persona perdida se estrelló contra el vidrio delantero de mi camioneta. Disminuí la velocidad, bajé el vidrio y, alargando mi mano, lo retiré. La temperatura comenzaba a descender aún más. Iba a cerrar la ventana cuando un sonido me alertó. Era un quejido tan débil que no lo hubiera escuchado a través del vidrio. Frené.

El sonido se repitió. Apagué el motor. Lo que iba a hacer era estúpido. Lo sabía y aún así lo hice.

Guardé las llaves en mi bolsillo, tomé la Glock y salí de la camioneta. Ese sonido, no, ese quejido me estaba guiando hasta un estrecho callejón al lado de una tienda que había sido vaciada por completo. No podía ser uno de los hermanos mayores, ni una alarma. Era una queja de dolor.

Quitó el seguro del arma y me acerqué silenciosamente. Me detuve en la entrada y delante de mí encontré el origen de ese lastimero ruido. En el suelo estaba el cuerpo inerte de un perro, quizá la mascota perdida de alguien, y, a su lado, un cachorro de unos cuantos meses de vida que lloraba suplicante.

No pude suprimir las lágrimas al ver que el pequeño tenía sus patas manchadas con la sangre de la que parecía ser su madre. Le habían disparado tres veces. No eran heridas de un arma de un gran hermano. Fue un humano. Una "persona" la había matado.

Puse el seguro y guardé mi pistola; luego, me acerqué lentamente. El pequeño se percató de mi presencia y se acostó, como si tratase de

hacerse pequeño para que no me diera cuenta de que estaba vivo.

- Hola, pequeño... No te haré daño -dije suavemente.

Me puse de rodillas cerca del cuerpo de su madre y extendí mi mano para que la olfateara. En un principio el cachorro no parecía interesado, pero poco a poco se fue acercando. Su nariz fría chocó contra mis dedos y, minutos más tarde, me permitió acariciar su cabeza.

- ¿Así te gusta? -dije mientras acariciaba detrás de su oreja derecha-

El pequeño se acercó al cadáver de su madre, hundió su hocico en este como si estuviese absorbiendo su aroma y luego permitió que lo cargara. Rápidamente pegó su cuerpo contra el mío, intentado recuperar el calor que había perdido al estar en la intemperie.

Mientras tenía al pequeño contra mí, acaricié a su madre y cerré sus ojos. Mi mano se condujo hasta el collar y la pequeña medalla que colgaba de este. "Linda", ese era su nombre. Mis dedos acariciaron el grabado de su dirección y quise golpear al bastardo que la había matado.

Me puse de pie y caminé en silencio hasta la camioneta. El pequeño ya había parado de llorar; tenía un collar, pero no un nombre. Abrí la puerta y lo coloqué en el asiento del copiloto. Guardé el arma en la guantera y me puse en marcha de nuevo.

- Así que no tienes nombre, ¿eh?

El cachorro se había acomodado en el asiento y el suave movimiento de la camioneta lo llevó a dormir profundamente. No sé cuánto tiempo estuvo fuera, ni si tiene alimento en su estómago. Lo único de lo que estoy segura es que finalmente está descansando. Sobre su espalda tenía una mancha parecida a un gato y, dada mi poca imaginación, pensé un nombre para el perrito.

-Gato. ¿Te gusta el nombre?

El cachorro únicamente se movió en el sueño y lo tomé como signo de aprobación. Sonreí. Me quité el gorro y se lo coloqué para ayudarlo a entrar en calor.

Continué manejando en silencio por horas. La vida llegaba y se iba. Eramos el perro y yo en todo un universo.

En el horizonte se alzaba una ciudad impresionante. Llena de rascacielos destruidos y uno que otro edificio humeante. Sin embargo, todo alrededor estaba en silencio. No había ningún sonido. Recordaba cómo años atrás podías estar a kilómetros de la metrópolis y no escapar del ruido

producido por el diario vivir. Delante de mí tenía un cementerio.

No sé cuántos sobrevivientes hay en el mundo en este momento. Las comunicaciones se perdieron hace ya varias semanas atrás. Estamos solos en el mundo. Quizá siempre lo estuvimos y hasta ahora limpiamos el vidrio de nuestra realidad. Mientras me acercaba más a la metrópolis me sentía más diminuta.

Los ejércitos perdieron.

Esto no es una novela juvenil. No hay una protagonista que salve a toda la humanidad.

Esto no es ficción.

No hay una solución, todos vamos a morir.

Esa es la verdad. Sin embargo, quiero ser capaz de elegir cómo voy a morir. Y lo haré al lado de mi madre.

Tengo un arma cargada, comida enlatada y un cachorro.

-“Voy por ti, mamá”.

Capítulo 3

Capítulo II: Dos balas

Detuve la camioneta cuando comenzó a oscurecer. Estaba casi a las afueras de la metrópolis; sin embargo, mi aventura en la carretera debía esperar. Es sabido por todos que los hermanos mayores regresan a tierra firme cuando no hay luz en el cielo. Estando escondida en un lugar tendría más oportunidades de sobrevivir. No había problema esperar un poco más, después de todo, había avanzado un gran trayecto en menos tiempo de lo esperado.

Me recosté sobre el frío metal que recubría la puerta de la camioneta mientras esperaba que el cachorro hiciera sus necesidades. Era un pequeño riesgo que estaba dispuesta a tomar, no quería tener orines u otras cosas dentro de mi vehículo durante toda la noche. Cuando finalmente fue al baño, aplaudí para felicitarlo. Luego entramos a la camioneta. Abrí una lata de salchichas y le di una a Gato. Este la devoró sin pensarlo dos veces. Sonreí mientras yo también comía una. Hasta ese momento no me había percatado de lo hambrienta que estaba. Tomé unos cuantos sorbos de agua y le ofrecí un poco al cachorro.

- A Tobías le hubieras caído muy bien. Él siempre tuvo una debilidad por los perros -le dije suavemente-.

El pequeño solo se relamía después de terminar su salchicha. Yo sé que no era la comida más adecuada para un perro, pero no tenía planeada compañía canina. Gato caminó por el suelo de la camioneta hasta dar con mi ropa. Con sus patitas la acomodó y se recostó tranquilamente mientras yo terminaba mi comida.

Busqué entre mis cosas un libro, 'Los miserables' de Víctor Hugo, lo abrí en la página 326 y comencé a leer. Pensaba que leer sobre otros miserables me haría sentir menos miserable. El frío se hacía cada vez más fuerte, pero dejé que la lectura me distrajera de aquella incómoda sensación.

Había avanzado unas pocas páginas cuando me detuve. Algo no estaba bien. Todas las personas tenemos un sexto sentido, algo animal dentro de nosotros que se activa cuando estamos en peligro. Generalmente se la pasa dormido en un mundo en donde la muerte ya no es una constante. Sin embargo, después del día del primer contacto con los hermanos mayores se había activado en mí. Mamá siempre decía que era importante hacerle caso a la intuición y en este momento la misma me decía que no estaba sola.

Con cuidado me deslicé por el interior de la camioneta hasta la guantera, tomé la pistola y quité el seguro. Iba a ver por la ventana cuando una piedra la impactó. Por fortuna el vidrio no se rompió, únicamente tenía varias líneas en el lugar del golpe. Quizá fue la adrenalina, pero salí disparada para dar con el origen de aquel ataque.

En la calle había un hombre, quizá más joven que yo. Sostenía una roca en una mano y un cuchillo en la otra.

-Quiero las llaves -ladró ferozmente.

Levanté la pistola apuntando a su pecho.

-Lárgate -dije mientras colocaba el dedo en el gatillo.

Él dio un paso adelante. Intenté mantenerme estoica, pero no sé si lo había logrado. El problema era este, nunca había disparado y menos a una persona. Tobías era el encargado de las armas, yo siempre trabajaba como recolectora. Me puedo mover con velocidad y no soy tan alta, por lo que funcionaba mejor consiguiendo cosas que luchando.

-La camioneta, la quiero -dijo en un grito silencioso-. Dame las llaves y te dejo ir.

-No.

El extraño se lanzó contra mí con fuerza y velocidad. Yo cerré los ojos y apreté el gatillo. Una explosión y luego, silencio.

'No lles un cuchillo a un duelo de pistolas' suelen decir las personas. Tienen razón. Abrí los ojos y delante de mí estaba el cuerpo del extraño. Sin soltar la pistola, me acerqué a él. La bala había impactado su cara. Fue una muerte rápida. Él fue estúpido y tuve suerte, lo sé.

Mientras tomaba el cuchillo del hombre y registraba sus bolsillos, me prometí a mí misma que nunca volvería a cerrar los ojos al disparar. En esta ocasión había tenido suerte, en la próxima probablemente no sería así. El suelo se comenzaba a manchar de sangre y suspiré. Debía moverme de locación. Era peligroso, pero lo sería más si me quedaba en el mismo lugar. El ruido del disparo pudo haber alertado a más de alguno.

Me dirigí hasta la camioneta y fue hasta ese momento en que me di cuenta que estaba llorando. No era para menos, había matado a alguien. Mi mano temblaba al abrir la puerta. Sin embargo, no tuve mucho tiempo para pensar; pues el cachorro saltó del vehículo y comenzó a correr.

-¡Gato! -grité sin importarme el peligro.

Corrí detrás del cachorro. Por fortuna fui rápida y lo vi entrar a una tienda que había sido saqueada. No lo culpaba. Después de lo que vivió con su madre, era normal que tuviera miedo del sonido de un disparo.

Entré.

-Gato. Perrito... Ven aquí -dije suavemente-.

Caminé alerta entre los pasillos del establecimiento. Era una especie de mercadillo a menor escala. Seguramente en el pasado estaba repleto de comida y productos de primera necesidad, pero en esos momentos estaba vacío. Había unas cuantas latas tiradas en el suelo y algunos estantes se encontraban desechos.

-Perrito -susurré-.

Apretaba con fuerza la pistola, pero mi dedo no estaba en el gatillo. Caminé hasta una de las esquinas del lugar y allí encontré agazapado al pequeño. Tenía su mirada fija en una de las ventanas y volví a ver inmediatamente. Ahí estaba, uno de nuestros hermanos mayores. Me agaché y rogué a los cielos que esa cosa no me hubiera visto.

Avancé a gatas sin quitarle la mirada de encima a aquella criatura.

Tenía una pared que nos separaba, pero eso no evitaba que los vellos de mi nuca se erizaran. Era una bomba de emociones en aquel momento. ¿Acaso había sobrevivido el ataque de ese hombre para morir a manos de un monstruo? Mi cabeza me dolía, pues estaba sosteniendo mi respiración.

Llegué hasta el cachorro y lo tomé. No podía salir por el frente, pues ahí estaba la criatura. Esta parecía no querer moverse. Estaba estática.

Aproveché que el hermano mayor no estaba viendo hacia el interior de la tienda para esconderme detrás de uno de los estantes, gracias a este avancé con mayor seguridad. Al llegar a una de las esquinas vi que detrás del mostrador había una puerta entreabierta. El cachorro se movía inquieto en mis brazos y lanzó un leve quejido. En el exterior de la tienda se escuchó movimiento. Mecí suavemente a Gato para intentar calmarlo.

Yo estaba sudando y mi corazón latía con intensidad. El frío parecía perforar mis pulmones y las lágrimas habían regresado a cubrir mi cara.

Respiré. Tenía una oportunidad. Yo era la que elegiría cómo moriría y no

lo haría en una tienda maltrecha.

Uno...

Dos...

Tres...

Me lancé con toda velocidad hasta el mostrador y atravesé la apertura. Cerré la puerta detrás de mí y deslicé mi espalda por esta hasta sentarme en el suelo. Mi cabeza golpeó la madera. Tenía los ojos cerrados mientras agudizaba mi oído. Parecía que nadie me había seguido. No se escuchaba nada afuera. Abrí los ojos y me encontré con la boca de una escopeta que me apuntaba. De forma inmediata levanté mi Glock.

El hombre que me apuntaba tendría menos de treinta años, de cuerpo esbelto y con algunas canas que se asomaban cerca de sus orejas rojas por el frío. Usaba una chaqueta gruesa, una bufanda de lana y unas botas finas. Era un hombre de dinero, eso se podía ver. Pero en el fin del mundo esas cosas ya no importan.

Tuve suerte una vez, pero no estaba segura que la tendría una segunda.

Sin embargo, continué apuntando y estaba lista... Estaba lista para disparar la segunda bala.

Capítulo 4

Capítulo III: El escritor

-Baja el arma -dijo tajantemente.

No respondí. Simplemente mantuve firme la Glock en mis manos. Las lágrimas seguían brotando de mis ojos, pero no iba a retroceder. Por un segundo pensé en Tobías y su familia, seguramente estaban a salvo; pero, principalmente, pensé en mi madre. Aquí no podía acabar mi historia, no sin antes encontrarla y darle un último abrazo. Yo iba a morir al lado de ella y nadie lo iba a evitar. Apunté a la frente del hombre y su cuerpo se tensó.

-No creo que sea lo más prudente -susurró.

-¿Por qué no? Desde mi punto de vista lo es. Hay un hombre apuntándome y yo planeo defenderme.

Él se quedó en silencio un momento. Pareciera que estaba analizando cómo debía actuar. Un hombre calculador, no había duda.

-Te propongo un trato. Ambos bajamos las armas al mismo tiempo.

-¿Cómo sé que no aprovecharás a dispararme?

-Allá afuera hay un gran hermano, ¿no?

Asentí con la cabeza.

-Entonces sería completamente estúpido si te llegara a disparar. Créeme, no soy estúpido. Solo conseguiría alertarlos de mi posición y también terminaría muerto. Y no puedo morir, todavía no.

Él me veía con curiosidad. Quién no lo haría. Era una chica llorando, con un cachorro y sosteniendo un arma. No era tan atemorizante, pero él sabía que era letal.

-¿Cómo sabes que no te disparé? -pregunté sin pensarlo dos veces.

-No considero que seas estúpida.

No pude evitar que una esquina de mi boca se levantara en una sonrisa burlona. Ambos contamos mentalmente hasta tres y bajamos las armas. Coloqué la Glock cerca de mí para tenerla a mano en caso fuera necesaria. Sin embargo, reconocí que el hombre tenía razón. Un disparo solo

alertaría a las criaturas que estaban fuera de la tienda.

Él parecía no quitarme la mirada de encima, como si mi piel estuviera cubierta de los capítulos de mi vida que me habían llevado a esta situación.

-¿Qué tanto me ves? -dije de una forma agresiva.

Agradecí que para ese momento las lágrimas ya se habían detenido.

-Trato de describirte en mi cabeza.

Mi rostro seguramente reflejó mi curiosidad, pues intentó explicarme su idea.

-Mi nombre es Casio, soy escritor. Siempre que conozco a una persona trato de describirla como lo haría con alguno de mis personajes. Es una maña que he tomado con el tiempo...

Guardé silencio. Sabía que estaría mucho tiempo encerrada en este lugar, así que decidí continuar con la conversación.

-¿Y cómo me describirías?

-Primero necesito un nombre.

-¿Para qué?

-Querida, un nombre es importante para cada personaje. Puede revelar muchas cosas de cada uno. Por ejemplo, mi nombre. Mamá era una católica muy religiosa y eligió el nombre a partir de un santo... Tiempo después, yo descubrí que también es el nombre de un asesino, Casio Longino -pausa-. Así que, ¿cuál es tu nombre?

-Naná.

Casio movió la cabeza como lo haría un perro curioso. Lo tomé como un incentivo para que le contara la historia detrás de mi nombre.

-Mis padres adoraban los libros de Chuck Palahniuk. Nana era la favorita de mi padre. Así que decidió honrar a su escritor favorito nombrando a su única hija como una de sus novelas.

-Eso tiene más sentido... Lo primero que se me había venido a la mente fue la novela de Zola, pero creo que ningún padre llamaría a su hija en honor a una prostituta.

Él reía en silencio de su propia idea y no podía evitar pensar en lo extraño que era ese hombre. Sin embargo, no parecía que fuera tan peligroso; excepto por la escopeta que estaba cerca de él.

-Entonces... -dije tratando de incentivarlo.

-No puedo. Bloqueo de escritor -respondió mientras levantaba los brazos y suspiraba.

Un sonido cercano nos alertó y guardamos silencio. Minutos más tarde, el hombre se levantó y fue hasta la puerta para sentarse a mi lado. Eso me alertó, pero con señas me dio a entender que quería ayudar a bloquear la entrada. Eso me calmó un poco, pero mis músculos seguían tensos.

Así pasamos la noche. Casio, al igual que el cachorro, durmió por momentos a lo largo de la oscuridad. Sin embargo, yo no pude pegar un ojo. Quizá era por estar en una posición de peligro o por la cercanía incómoda de un desconocido, pero no podía encontrar paz alguna.

El tiempo parecía estar escurriéndose entre mis dedos y, por más que me aferraba a él, la arena simplemente seguía su curso. Era 26 de diciembre. Todavía tenía seis días, contando este, para encontrar a mi madre.

Debía moverme rápidamente.